

INTRUSO DEL NORTE  
JESÚS NIETO JURADODe Kabul a  
PedregalejoY llegará septiembre, con sus  
noches suaves y sus 'filomenas'  
de barro

**L**a no feria. Julián llegó a Málaga a la feria sin feria. Paseó por un centro vivo. Vio otra ciudad distinta a la que imaginaba. Se sorprendía de eso mismo, de la vida que había en el Centro. Quizá le inculcaron, como foráneo, otra forma de pensar la ciudad. Pero incluso así la ciudad ha cambiado para bien. No debe caerse, claro, en la autocomplacencia, que sabemos a dónde nos lleva. E invertir en más imagen, en quitarnos ese lastre que algunos imponen de que somos una suerte de Nápoles con flamencas. En ese esfuerzo andamos.

Mal dormir. En estas noches de finales de agosto, como en todas las noches desde que tengo recuerdo, duermo mal y raro. Dicen que puede ser estrés, que es agotamiento. En el de esta noche, en el sueño de esta noche, aparecía Manolo Chaves. No sé cuál es la interpretación más freudiana o la más magufa. Debo cuidar eso que llaman la higiene del sueño. En el insomnio arrastra uno la fatiga pandémica, nueve meses sin pisar el mar se llevan por delante a quien sea. En un pueblo tórrido de Castilla quise oler jazmines que eran otra planta. Por eso sueño lo que sueño.

Kabul. Hay que preocuparse por Kabul, y, como ya dije, llevar Occidente allí con la última gota de sangre. Como sea. Los bárbaros no pueden tener un arsenal, y Estados Unidos, después de la II Guerra Mundial, no ha hecho más que ir quedando, sucesivamente, como Cagancho en Almagro. Es un tema que me preocupa. Geopolítica para empezar el curso.

Fernán-Gómez. Hablo con la hija del genio pelirrojo, con Juan Antonio Tirado, con algún biógrafo suyo. Voy al Gijón y veo su retrato, junto al de Paco Rabal. Pienso rápidamente en qué desapercibidos pasan los genios, incluso en sus centenarios. En eso y en que el cine español se paró sin él y sin Berlanga.

En estas nostalgias que me entran a media tarde, con la lágrima a punto de volcar, he vuelto a pensar en ese proyecto que imaginé –más bien lo imaginó él– con Sergio: un quiosco de espetos con servicio a domicilio a los bañistas. Y también en darle un uso al quiosco de Nazario en Pedregalejo, convertirlo en un 'food truck' sin ruedas, algunas sillas altas. Vender buena carne, café y prensa.

Mediterráneo moral. Mi amigo Nacho Raggio puso en marcha ese concepto que, en el fondo, es a lo que debe aspirar la ciudad sin esquinas. La belleza, la paz, la libertad y el hedonismo que nos merecemos.

Dietario. El mundo es complejo, la ciudad me es esquiva por razones que no vienen al caso. Quisiera ir contando el tranquilo fin de verano, pero algunos días salgo así, con el texto fragmentario de un dietario (la rima es involuntaria). Llegará septiembre, con sus noches suaves y sus 'filomenas' de barro.

LA TRIBUNA

El siglo XXI y las políticas del  
cuidado: ¿un nuevo comienzo?

ANTONIO LÓPEZ PELÁEZ

Catedrático de Trabajo Social y Servicios Sociales de la UNED

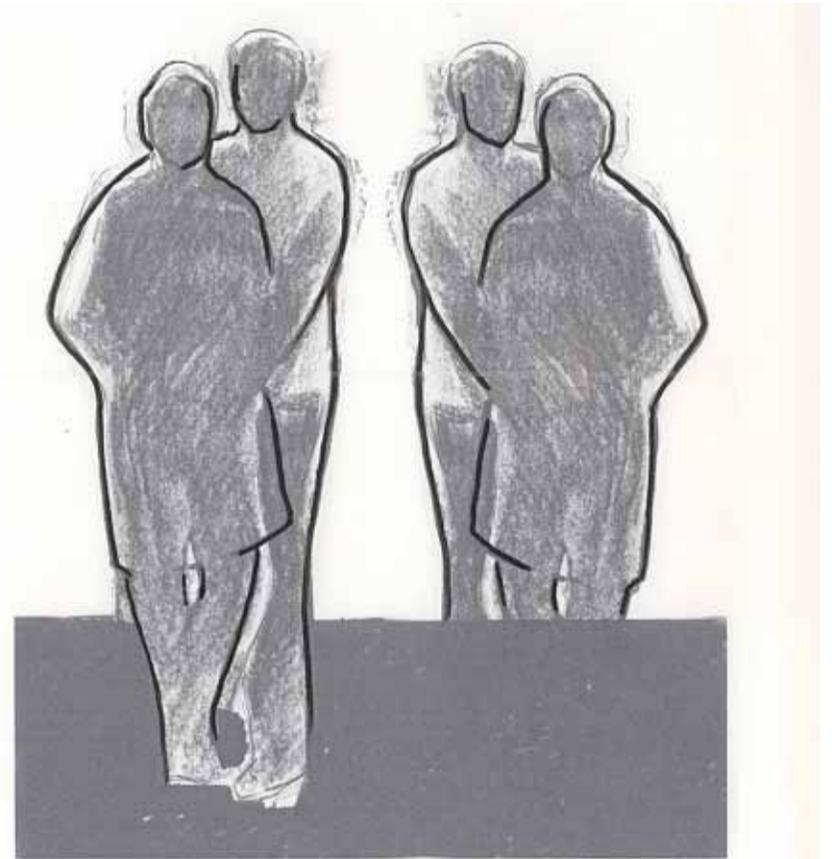
La pandemia nos obliga a pensar globalmente, a colaborar  
y diseñar estrategias entre todos y para todos

**N**o siempre por estar cerca vemos mejor lo que está ocurriendo. Tomar distancia nos permite contextualizar mejor y afinar nuestro diagnóstico de lo que, por ser tan próximo, acaba por ser invisible para nosotros. Desde hace un tiempo, gracias a la International Council of Social Welfare ([www.icsw.org](http://www.icsw.org)), he podido contrastar los retos de los estados del bienestar a nivel global. Y, desde mi punto de vista, nos encontramos en un momento de cambio decisivo. Con la pandemia de la Covid-19 hemos inaugurado realmente el siglo XXI.

Previamente a esta pandemia, llevábamos ya muchos decenios de austeridad en las políticas públicas en el ámbito de la protección social. Desde los años 80 del siglo XX hemos pasado décadas envueltos en un elogio del individualismo y una deslegitimación del estado como garante del bienestar. Hemos vivido envueltos en el dogma de la austeridad como estrategia de gestión pública. Y la exaltación del consumo y de los logros individuales ha tenido como contrapartida el debilitamiento de los vínculos sociales y la mitificación del estilo de vida consumista y aspiracional basado en la satisfacción individual, y volcado en el trabajo. Esta sociedad del cansancio, de la que habla Byung-Chul Han, lleva ya con nosotros varias décadas (aunque en cada contexto se haya reproducido más o menos intensamente, en todos los contextos se había convertido en el referente aspiracional, en un estilo de vida ejemplificado en los artistas, deportistas o youtubers).

Con la pandemia de la Covid-19 está emergiendo un planteamiento teórico y práctico muy diferente. La austeridad no tiene sentido cuando hacemos frente a una pandemia que nos obliga al confinamiento de la población, y que desborda nuestros sistemas de protección, comenzando por el sanitario. La pandemia nos ha obligado a reaccionar colectivamente, en cada territorio, y a nivel global (por ejemplo, movilizándonos para conseguir vacunas para todos los habitantes del planeta), incluyendo la colaboración entre científicos, administraciones públicas y empresas privadas. También en el ámbito de los servicios sociales, la pandemia nos ha obligado a redefinir nuestras actividades, a coordinarnos mejor con otros profesionales, a digitalizarnos lo más rápido posible, y a eliminar duplicidades y barreras dentro de las organizaciones. La pandemia, además, también ha puesto de relieve que no nos podemos salvar solos, que no podemos resolver nuestro problema dentro de nuestras fronteras.

El virus es global, muta, y ahora que escribo estas líneas la variante Delta es ya la mayoritaria en España. La pandemia



nos obliga a pensar globalmente, a colaborar y diseñar estrategias entre todos y para todos. No podemos dejar solos a aquellos sectores de actividad más afectados, como la hostelería o el ocio, ya que nuestra economía y nuestra sociedad no puede subsistir sin ellos. Es verdad que, como en cualquier crisis, hay ganadores y perdedores. Pero con la pandemia de la Covid-19, lo que está cambiando no es solo quien gana o quien pierde desde una perspectiva económica. Lo que cambia es el enfoque teórico. Más allá de la competencia, la rivalidad, los recursos escasos, o la adecuación entre el ideal y la realidad, lo que emerge es una dimensión tan cercana y propia que no se tomaba en consideración en su importancia radical: el cuidado. Nuestra esencia es cuidarnos, y la forma en la que nos cuidamos nos define. Por eso el Estado del bienestar es un logro que podríamos denominar ontológico en las sociedades europeas: nos definimos y somos a partir de dicha articulación colectiva de los cuidados.

La comunidad, las redes de solidaridad, la toma de conciencia sobre nuestra finitud, el vernos en riesgo como individuos y como especie nos permite dejar de lado el individualismo posmoderno y adentrarnos en una nueva época. La época del cuidado, la sociedad de los cuidados, que visibiliza la importancia de cuidar tanto a nuestros conciudadanos como a la naturaleza que nos rodea. Desde una perspectiva de los cuidados, nues-

tro modelo de relación con los demás y con nuestro entorno cambia, ya no se trata solo de utilizar o consumir. Lo urgente es mantener, cuidar, reparar, proteger, dar oportunidades, y afrontar los retos colectivamente. La pandemia de la Covid-19 refuerza la vigencia de los Objetivos de Desarrollo Sostenible, y la lucha contra el cambio climático y la destrucción de la naturaleza (incluidos nosotros mismos).

Muchas veces los cambios sociales nos sorprenden todavía pensándolos con viejas categorías. Y puede ocurrir que, tras la zozobra, volvamos con más virulencia a viejas recetas que no nos han dado grandes resultados, pero con las que nos encontramos tranquilos y nos parecen algo seguro porque ya las conocemos. Es verdad. Pero también podemos intentar no repetir el pasado. Con la pandemia tenemos la oportunidad de repensar el confinamiento, la soledad, el vínculo, el cuidado, y la cooperación, desde una perspectiva diferente. El bienestar, definido desde la perspectiva de los cuidados, desde una ética y una estética del cuidarnos, cambia nuestro modelo relacional. Y a la vez es una respuesta a la estrategia que hemos puesto en marcha para sobrevivir en el entorno pandémico: colaborar para sobrevivir. Ojalá dentro de cien años se recuerde esta pandemia como el momento en el que el cuidado y el bienestar se convirtieron en prioridades indiscutidas para nuestra especie.